

PARKOUR

Andrade, Gabriela

Universidad Autónoma de la Ciudad de México

Cuento

Cuento

El sol daba un color rojizo al horizonte mientras las aves piaban frenéticas en la tarde. A lo lejos, la ciudad se enmarcaba con esa agresividad pasiva y soslayada. Missael miraba desde la azotea los edificios multicolores que se mantenían quietos bajo el sol. El aire tenía un olor a libertad, adrenalina y miedo, como suele pasar en las grandes ciudades. A lo lejos, el panorama se abría hasta terminar en las montañas azules que enmarcaban todo en otro tiempo, en otro momento olvidado por los habitantes de la metrópoli. Para él, esa tierra nunca fue parte de sí mismo, aunque si la hubiese observado bien se hubiera dado cuenta de que la urbe tenía en sí misma varias versiones.

El negro lo miraba del otro lado, en el edificio de enfrente: “¡Ven, apúrate! Ya estamos cerca”, le dijo. Missael no pudo moverse de aquella azotea ruinososa de los barrios mexicanos. Junto a él, un cuarto de servicio y una reja para ropa abandonada daban al lugar una sensación de quietud que pocas veces se encuentra en una capital de este tamaño. La ciudad, con sus bardas a medio hacer, con la pintura descarapelada por las lluvias y las varillas al viento, es un sueño de locos que nunca pudo acabarse.

Veía al Negro justo delante de él, la distancia no era tan larga. Tenía esa sonrisa de confianza que nunca se le borra, impregnada en las facciones de mulato, tan sencillas y cálidas al mismo tiempo. Le hacía señas con la mano, pero no podía dar el salto. Miró hacia abajo y la distancia le produjo mareo.

Imaginó su cuerpo inerte en el asfalto, con la cabeza rota y los sesos saliendo por la ranura. Le dio asco la imagen que se veía tan clara, tan nítida... Se quedaba en la orilla, pensaba demasiado. “Vamos, no tenemos todo el día”, le dijo el Negro desesperado. Missael de verdad quería estar con él, ser suficiente como para estar al otro lado, atreverse.

Deseó no cuestionarse tanto lo que pasaba a su alrededor. Simplemente sentir el calor de los ladrillos horadados por el aire, las piedrecillas que se rompen al contacto con los zapatos, los rayos del sol quemando mientras sopla el viento. Se preguntó cómo sería vivir solo en lo que uno está haciendo, ver el horizonte y tener esa sensación de infinito a la que invitaba la ciudad inacabada. Quizá por eso siempre quería que el Negro estuviese a su lado, él nunca se hacía preguntas, vivía solo para él, en un mundo construido a su imagen y semejanza. Missael, en cambio, no vivía la ciudad porque no podía. Tenía la sensación de todo el tiempo ver sus propias acciones, su propio cuerpo. Como ahora en la orilla de esa azotea destrozada por el viento y sin pintar. Todo el tiempo estaba a la distancia, sin tener el control y viendo cómo las cosas pasan frente a sus ojos sin que pudiera hacer algo.

El Negro le sonreía del otro lado, un poco inquieto y esperando a que, de una vez diera el salto para estar juntos. Caminaba de un lado al otro y la expresión que tenía le recordó a la madre de Missael cuando lo llevaba a las clases de natación y lo veía a la distancia. Tuvo

Parkour

una vez más la sensación de agua entrando a los pulmones y la necesidad de aferrarse desesperadamente a la orilla. Nunca había aprendido a nadar, quizá por eso le temía a la costa, quizá por eso siempre fue ese niño que temía tocar el fondo de la alberca.

Cuando Missael estaba a punto de irse a casa y desistir del salto, el Negro se levantó y le dijo: “Cierra los ojos, yo te agarro”, y extendió los brazos. No supo por qué esas palabras lo tranquilizaron de la nada. Era evidente la mentira, si se caía su cuerpo daría contra el suelo. Pero, por alguna razón, viniendo de El Negro sonaba real. Cerró los ojos, sintió los tenis romper las piedrecillas al pasar haciendo una carrera y saltó en el aire. La ciudad se detuvo por un momento, los carros pararon, los sonidos desaparecieron; solo quedó la tranquilidad de un mundo enmudecido en un único movimiento. La urbe salvaje lo dejaba tranquilo. Ese instante en el que nada lo sostenía se sintió completo por una milésima de segundo. No tenía el control, sin embargo, era la sensación que siempre había buscado. Su cuerpo golpeó el asfalto de la otra orilla. Le dolieron las costillas y se levantó lleno de tierra. Miró detrás de él y descubrió que desde ese punto la distancia se acortaba. “Lo ves, no fue gran cosa”, le dijo el Negro.